

Moderni... ¿Qué?

Luis Carlos Gorriti

Educador.
Miembro del Area de Educación y Escuela de TAREA

Las iniciativas gubernamentales tienen como consigna impulsar la modernización en el campo de la educación, sin embargo Luis Carlos Gorriti analiza cómo el gobierno, aprovechando las ambigüedades que generan los conceptos de modernidad y modernización, identifica modernización y descentralización con privatización. Por ello plantea que es indispensable desarrollar debates profundos acerca de los cuerpos teóricos y los conceptos que utilizamos, sólo así ubicaremos los aportes de las diferentes corrientes de pensamiento. El autor reconoce así mismo la ausencia de definición de calidad educativa y la explica a partir del vacío de propuesta del gobierno respecto al sentido y la orientación que debiera tener la educación.





El gobierno del Perú que preside el ingeniero Fujimori ha iniciado un proceso de reformas en las áreas de financiamiento y gestión educacional. A tales reformas las ha agrupado bajo el nombre de modernización y para darles mayor relevancia ha declarado oficialmente a 1993 como año de la modernización educativa.

La idea de modernización es utilizada de manera insistente por las autoridades políticas estatales para aludir a los cambios que están produciendo en las diversas esferas de la sociedad nacional. Como señala J. Cassasus, modernización y modernidad son los términos que hoy remplazan a los conceptos de desarrollo y revolución social que estuvieron en boga durante las décadas recientes. Conviene señalar que modernización y modernidad son usados desde hace siglos, muchas veces con significaciones diferentes y a veces confundiendo una idea con la otra.

Lo que otorga sentido a la modernización es, particularmente, la actitud de crítica y superación del pasado y el tránsito hacia lo nuevo, en términos de organización social y económica. Se contraponen a la idea de modernización la nostalgia por el pasado, la expectativa por reconstruir una época histórica o por retomar algunos aspectos de una edad dorada. Así entonces el mito andino de Inkari (el hijo del Sol descuartizado por los españoles, cuyas partes se juntarán para luego restaurar el poder de los Incas) y el período europeo del Renacimiento constituyen esperanzas y manifestaciones históricas divergentes a la modernización.

Todas las culturas pasan por períodos de modernización, por motivaciones endógenas o exógenas. En la historia del Perú destaca Pachacútec Inca (el que cambia el mundo) como el gran modernizador por que ordenó el sistema político del Tawantinsuyo a la par que le dio su mayor cobertura y esplendor.

A medida que las culturas interactúan con mayor intensidad aumentan los estímulos modernizadores. En el caso del Perú y otros países latinoamericanos, desde la Colonia ha sido muy fuerte el influjo de los modelos organizativos vigentes en Europa. En nuestra historia contemporánea, especialmente en la etapa posterior a la segunda guerra mundial, la hegemonía norteamericana en el continente ha pretendido generalizar su modelo modernizador a los países latinoamericanos, con resultados diversos.

Estados Unidos apostó a la conformación de aparatos productivos sustentados básicamente en la industria y sistemas políticos apoyados en estados poderosos, compensadores de las inequidades sociales generadas en las relaciones económicas. Este modelo, de fundamentos liberales, implicaba en el campo específico de la educación la atención universal y gratuita, por parte del Estado a todos los jóvenes en edad escolar. Suponía además que el Estado asumiera el rol central, casi de manera excluyente, en la gestión y la normatividad del sistema educativo.

Mientras que el proyecto industrializador fracasó en su modelo de sustitución de importaciones, la modernización educativa, en su forma de universalización de la matrícula y ampliación de la esco-

laridad básica tuvo éxito. Sin embargo entre uno y otro rubro no hubo articulación, las exigencias de orden científico y tecnológico, las actitudes y destrezas que las empresas industriales demandan no estuvieron presentes, ni en los modelos pedagógicos, ni en las sucesivas construcciones curriculares que tuvieron vigencia en el sistema educativo nacional de las épocas recientes.

La población sufrió el desencanto de esa modernización, por que no resolvió sus necesidades básicas, por que percibió que sus propuestas políticas, económicas y educativas habían fracasado.

En estas circunstancias llegó, a estas latitudes, la ola neoliberal y su nueva propuesta modernizadora, que postula, en síntesis, la minimización del Estado en la vida nacional y concede roles protagónicos a las fuerzas espontáneas del mercado.

El Perú vive, desde mediados de 1990, el ciclo de instalación de la modernización neoliberal en las diversas áreas políticas económicas y sociales. En lo que a educación respecta la idea fuerza de este proceso fue expresada por el Ingeniero Fujimori en el discurso de clausura del CAEM 92: *"Los cambios implican fundamentalmente la transferencia de los centros educativos y programas del sector educación a la comunidad organizada y promotores privados"*.

La privatización es la característica primordial de la modernización educativa neoliberal; se sustenta en el argumento de que el Estado debe reducir al mínimo indispensable los gastos de natura-

leza social (educación, salud, seguridad social), para que estos sean efectuados por la población que demanda tales servicios.

Probablemente en Inglaterra y Estados Unidos, países que exportaron el neoliberalismo, la aplicación de políticas similares haya tenido costos sociales bajos, pero en el Perú la combinación de políticas económicas recesivas con severos recortes presupuestales a los sectores sociales del Estado, ha dado lugar a partir del año 1991 al incremento geométrico de la deserción escolar y a la aceleración de la caída de la calidad educativa, que se inició varios años atrás.

La retirada del Estado de su función de gran financiador de la educación nacional y la consiguiente reducción de la gratuidad del servicio educativo permiten pronosticar que, si el Estado no da un giro a la actual tendencia de desprotección de la escuela pública, se va a producir simultáneamente el triunfo del pragmatismo neoliberal en términos de superávit de la caja fiscal y el colapso de la escuela nacional, por la expulsión de los alumnos en condiciones de pobreza y extrema pobreza del sistema educativo.

Otra característica del proyecto gubernamental es el planteamiento de descentralización de la administración de las escuelas, es decir la transferencia de gran parte del poder de gestión del Ministerio de Educación hacia la comunidad organizada, expresada en el Decreto Ley 26011 "De Participación Comunal en la Gestión y Administración Educativas".

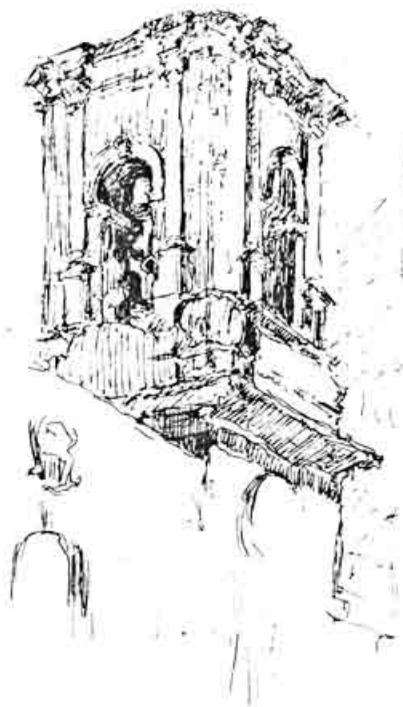
En el discurso neoliberal el concepto de eficacia tiene un papel



preponderante y es utilizado frecuentemente para contraponerlo a la falta de capacidad del estado —comprobada a lo largo de muchos años— para hacer funcionar de manera óptima a las instituciones, cumpliendo metas y objetivos. En el sector educación es fácil verificar la imposibilidad de controlar, supervisar y asesorar el funcionamiento de miles de escuelas distribuidas entre el extenso territorio nacional, desde instancias altamente centralizadas y carentes de recursos técnicos y financieros. Tampoco el sector privado está en condiciones de mostrar muchas evidencias de gestión educativa eficaz y eficiente, a pesar de que dispone de mayores recursos y atiende una población escolar significativamente menor que la escuela pública.

Junto a la ineficacia del sector público para gestionar adecuadamente las escuelas, confluye como factor a favor de la descentralización la demanda de padres de familia y organizaciones populares para participar en las decisiones y en el control del funcionamiento de las escuelas.

La descentralización sería un gran paso adelante en la democratización de la escuela, si es que el actual proyecto modernizador no la tiñera de privatización, que justamente atenta contra el derecho democrático de libre acceso de todos los niños peruanos a la escuela. Con el traspaso de la administración, en condiciones de recorte de recursos financieros, la comunidad organizada no podrá aspirar a gestionar eficazmente las escuelas, ni a elevar la calidad de la enseñanza-aprendizaje; sólo será administradora de instituciones en estado crítico, en lucha por la sobrevivencia.



El tercer componente en el paquete de modernización educativa es la propuesta denominada mejoramiento de la calidad de la educación, respecto de la cual hay poco que comentar, en tanto que la ley correspondiente, dictada por el gobierno, sólo alcanza a señalar que va a realizar una evaluación anual de carácter nacional, que en el caso de efectuarse constituirá nada más que un elemento para el diagnóstico del nivel de calidad de la educación peruana.

La ausencia de definición de calidad educativa por parte del gobierno, indica que en los medios oficiales no hay claridad respecto del sentido y la orientación que debiera tener la educación nacional. Pero es comprensible que haya opacidad al respecto si se tiene en cuenta que las acciones del gobierno no se guían por un Proyecto Nacional, ni las iniciativas en edu-

cación por un Plan Educativo. Ni siquiera existe el propósito de abrir el diálogo a la nación y propiciar consensos sobre las respuestas a los problemas principales del país en general y de la educación en particular.

El modelo de organización educativa que está naciendo con el auspicio de la ideología neoliberal, el soporte financiero y técnico de organismos internacionales como el Banco Mundial y la asesoría política y metodológica de especialistas chilenos que fueron funcionarios durante el régimen de Pinochet, está encontrándose con serios obstáculos para su desarrollo.

Los primeros son de orden interno y tienen que ver con la conciencia cada vez más vasta de que la esencia de la propuesta modernizadora es la privatización progresiva del servicio educativo. Es probable que la oposición activa al intento privatizador aglutine a amplios sectores de diverso signo social, político e ideológico.

La otra amenaza a este incipiente modelo de modernización proviene de afuera. La recientemente instalada administración Clinton tiene singular interés en modernizar la educación norteamericana, para que su "standard" de calidad se aproxime a los niveles alcanzados en Corea, Japón y Alemania, entre otros países.

No es ocioso recordar que las primeras medidas del flamante gobierno demócrata quiebran la ortodoxia neoliberal al propugnar un aumento vigoroso de los gastos sociales del Estado, a contracorriente de lo que sucediera durante los gobiernos republicano de Reagan

y Bush. Este giro en la política educativa del gran país del norte suscita algunas interrogantes.

Los organismos internacionales que dirigen los ejes de las políticas estatales en nuestros países, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que a su vez están condicionados por la presencia mayoritaria de Estados Unidos en sus directorios, ¿seguirán presionando para que en las naciones del sur se apliquen medidas que han fracasado en los países donde las inventaron y las sometieron a larga prueba?

En el corto plazo ¿querrá el Ingeniero Fujimori verse reflejado en el anacrónico espejo de la modernización educativa neoliberal o preferirá ponerse a tono con las innovaciones modernizadoras que vendrán desde el país hegemónico?

Es previsible que los nuevos vientos internacionales provoquen reacomodamientos en los organismos multilaterales financieros y en los de naturaleza científica y técnica.

Estos a su vez presionarán sobre los estados nacionales para que reajusten sus políticas de acuerdo a los nuevos parámetros vigentes en los países centrales, y si atendemos a la tradición de fina sensibilidad de nuestros gobernantes respecto de las "recomendaciones" que vienen de fuera, podemos vislumbrar en el horizonte cercano el desmontaje del proceso que se ha iniciado con el pomposo nombre de modernización educativa.

El andamiaje por desarmar no será complejo en tanto que las

reformas ni siquiera se han aproximado al núcleo duro del sistema educativo, que está conformado por los modelos pedagógicos y los currículos (oficial y reales) dominantes. Estos son los temas que nos conectan con la realidad de la educación y que pueden ser abordados desde la concepción de modernidad, así como con perspectivas postmodernas y tradicionalistas.

En la comunidad académica hay consenso para reconocer la modernidad como un fenómeno histórico cuyo origen está claramente delimitado en tiempo y espacio. El movimiento de la Ilustración europea, con epicentro en Francia, durante el siglo XVIII fue el punto de partida de una corriente de pensamiento que se pretende universal.



El rasgo central que caracteriza a la Ilustración, es decir a la primigenia modernidad, es la insurgencia de la racionalidad como factor único de conocimiento de la naturaleza y la sociedad, y como instrumento clave para el progreso social; en contraposición a la explicación trascendente, la verdad revelada y el destino definido por designio divino, que acompañaron a la humanidad, como pensamiento oficial, durante muchas centurias.

El llamado siglo de las luces fue una fiesta de la racionalidad que impulsó a crear muchas ilusiones en el porvenir: Se extendió la creencia en el progreso ilimitado de la razón y el conocimiento, la autonomía de la voluntad y la emancipación del hombre, el autoconocimiento colectivo, la mejoría social y moral, la marcha ineluctable de la historia hacia el progreso. Esta combinación entre razón y utopía, que posteriormente ha sido denominada "razón histórica" o "razón liberadora" fue una vertiente principal de la modernidad. Al amparo de esta tendencia se desarrollaron múltiples expresiones de pensamiento ilustrado.

En el Perú la modernidad tuvo como exponentes primeros a Baquijano y Carrillo, Sánchez Carrión, Unanue, González Vigil y otros, que a través del bisemanario Mercurio Peruano, vocero de la Sociedad Académica Amantes del País y otros periódicos como El Verdadero Peruano, El Peruano Liberal, El Peruano, El Satélite del Peruano sostuvieron ideas librepensadoras, de tolerancia y de convicción en el progreso del país.

Junto a la razón liberadora germinó otra corriente que asocia-

ba razón con poder y poder con dominación; a esta vertiente de la modernidad se la calificó como "razón instrumental". Como decía Espinoza "Durante cierto tiempo la modernidad pudo integrar racionalidad emancipatoria con poder de cálculo. Mas hoy parece que predomina una racionalidad instrumental mercantil y financiera sobre los aurales ideales emancipatorios".

La prevalencia mundial de la razón instrumental nos permite ser críticos frente a la **modernidad real** que a pesar de haber sentado sus reales a lo largo de los últimos dos siglos, no ha podido impedir la pobreza generalizada, los enormes desequilibrios sociales, la incesante destrucción del planeta por acción humana y que el hombre siga siendo lobo del hombre.

Los pensadores postmodernos amagan la modernidad, con los argumentos de que no es posible una visión totalizadora de la realidad; sólo serían factibles los conocimientos fragmentarios. Señalan que no existe ni sentido ni linealidad en la historia y por tanto es un error afirmar la centralidad histórica de tal o cual sujeto social, con lo cual alientan la diversidad y el individualismo.

Así mismo condenan al pensamiento utópico, que tradicionalmente ha sido presentado como expresión de la libertad de espíritu, haciéndolo aparecer como instrumento autoritario para el en-

corsetamiento de la sociedad; frente al futuro utópico, preñado de promesas, los postmodernos postulan el culto del tiempo presente y la disposición permanente a aceptar el reto de la incertidumbre que es el signo de la historia.

A su vez los pensadores que se afirman en la línea de la tradición cuestionan a la modernidad porque privilegia la realidad de Occidente, desvalorizando la racionalidad práctica que ha servido a culturas como la andina para crear una de las grandes civilizaciones humanas y ha permitido a sus pobladores elaborar cosmovisiones de relación armónica entre el hombre y la naturaleza, así como afirmar valores sociales de solidaridad y reciprocidad.

Los sistemas educativos francés, inglés y norteamericano, cuya influencia en la educación peruana, desde José Carlos Mariátegui, todos reconocen, nos han legado elementos de modernidad. La reforma educativa de los 70 que recogía las experiencias y reflexiones humanistas más avanzadas de su tiempo, consolidó el discurso racionalista que acompaña a la educación nacional. Así también la inmensa mayoría de los maestros peruanos se conciben a sí mismos como portadores de modernidad y modernización. Sin embargo la modernidad en el sistema educativo no ha traspasado las fronteras de los contenidos curriculares y la autoimagen de los docentes.

En la práctica cotidiana de las escuelas sigue imperando la disciplina escolástica de la Edad Media europea y los alumnos siguen siendo tratados como depósitos de conocimientos; los valores que han primado no han sido los de la crítica y la tolerancia, sino los del acatamiento y la imposición.

El pensamiento tradicional no ha tenido portavoces conocidos en el plano educativo, pero las concepciones tradicionales llegan a las escuelas, vía los alumnos, mediante las formas de explicaciones míticas, comportamientos rituales, saberes populares, y son frontalmente reprimidas por los maestros que se saben portaestandartes de la modernidad.

De la incidencia de la postmodernidad en la escuela peruana poco o nada se puede decir, puesto que las obras y cuestionamientos de este movimiento recién comienzan a conocerse y a formar parte del debate intelectual en el país.

Si se quiere efectuar cambios orgánicos en el sistema educativo peruano, va a ser necesario que previamente desarrollemos un debate profundo acerca de los cuerpos teóricos y los conceptos que utilizamos para poder comunicarnos en un lenguaje común y llegar a consensos acerca de los modelos o aportes de las corrientes de pensamiento que pudiesen ser apropiados para la realidad nacional.